

tante? ¿El cansancio no llegará a hacernos buenos? ¡Paz! ¡Compasión! ¡Los deberes son idénticos hoy día. El poeta, quiere que el hombre viva, que el hombre crea. El cielo, mansión desconocida y sagrada, por medio de su bondad prueba la dulzura eterna; la radiante poesía es hermana de la clemencia al par que de la armonía, afirmando lo verdadero negado por la cólera: lo verdadero es la esperanza, es la bondad, y la fraternidad constituye el gran rayo del arte. ¿De qué sirve agravar nuestra suerte con el odio? ¡Oh! si el hombre poseyera el oscuro idioma de los infiernos, de ese caos mansión de horrorosos destinos, de todos esos pobres corazones, de esas bocas condenadas, de ese llanto, de esos males sin fin, de esas iracundias, apercibiríase este sombrío canto: ¡Amémonos los unos a los otros!

El huracán, el océano, la tempestad, el abismo, y el pueblo, tienen por ley la sublime pacificación una vez llegada la hora del ayuntamiento, el desatinado antro da un beso a la tierra: furiosa es la espuma, pero no eterna; el más indómito aquilón acaba por plegar sus alas; la noche conduce al alba, apareciendo el sol.

LOS DOS TROFEOS

¡Oh pueblo! este siglo ha presenciado tus obras sobrehumanas. Te ha visto reamasar la Europa. Mostraste la nada del cetro y de las coronas con tu modo de fabricar y de derribar los tronos: a cada paso que dabas todas las cosas aumentaban un grado; andabas e ibas sembrando por el despavorido globo formidable masa de ideas; eran tus legiones las desbordadas olas del progreso elevándose de cima en cima. La Revolución te guiaba; tu gloria ¡oh pueblo! tenía por compañera la aurora. Lo mismo que se invocara a los griegos se invocaba a los franceses: destruías el mal, el infierno, el error, el vicio. Magnífico, luchabas contra todo lo perjudicial; tu claridad tragábase la noche; toda la tierra estaba confundida en tus resplandores, y mientras te remontabas hacia tu estrellada vía, admirábante los hombres, aun en tus reveses; a veces te cernías por el espacio, y durante veinte años el universo, del Tajo al Elba y del Nilo al Adigio, constituyó el deslumbrado rostro y tú el prodigio; y todo desaparecía, hasta el jefe gigante, ante el pueblo titán.

De ahí dos monumentos levantados a tu gloria, el pilar del poder y el arco de victoria, constituyendo entrambos tu mismo sér ¡oh pueblo soberano!

Util es pensar que en otro tiempo fuimos vencedores. ¡Oh! ¡cómo van a ser guardados esos dos monumentos, espanto de la hostil Europa, y cómo serán vigilados día y noche con amor sombrío!

Nosotros, a quienes se ultraja, invocaremos los hechos que aquellos representan pidiéndoles el ardor que se necesita para castigar. ¡Ah! ¡cómo buscará nuestra melancólica mirada en ese fiero metal y en ese mármol altivo a los indómitos veteranos, hijos de la República! Porque la hora de la caída es la hora del orgullo; porque a los ojos del enlutado pueblo la derrota viene a aumentar el bravío resplandor de los trofeos, recobrando los ánimos su perdido calor. La visión de los grandes es saludable para los pequeños. Eternizaremos esos monumentos edificados por los muertos, cuya obra extraordinaria sobrevive. Esos muertos, en otro tiempo poderosos, asemejábanse al trueno, oyéndose todavía el estrépito de sus pasos.

¡Oid, es el azadón! ¡oid, es una bomba! ¿Quién ordena el bombardeo, quién la demolición? Vosotros.

*

El pensador tiembla, cual el anciano rey Lear que habla a la tempestad y evita los reproches. ¡Qué señales más espantosas! ¿Acércanse por ventura días fatales? ¿Acaso puede asesinarse al porvenir? ¿Acaso muere un siglo cuando aun no ha nacido el que le sigue? ¡Vértigo! ¿de quién es presa París? Un poder le mutila, otro poder le hierne con sus rayos. De suerte que dos huracanes están luchando en el Sahara, émulos entrambos en la destrucción. Pueblo, esos dos caos obran mal; por mi parte censuro así el firmamento que truena como a la tierra que se estremece.

*

De esos dos poderes, cuya cólera va en aumento, el uno tiene la ley en su favor, el otro el derecho; Versalles posee la parroquia y París la *commune*; pero sobre ellos, por encima de todo desuellera Francia una; y además, cuando la situa-

ción es de lágrimas, ¿conviene devorarse mutuamente? ¿ha sido bien escogida la hora para la lucha? ¡Oh fratricidio! Aquí todo el frenesí de los cañones, de los morteros, de la metralla, y allá el vandalismo; aquí Caribdis, y allá Scila. Al triunfar tus esplendores, cada uno arranca a tu gloria uno de tus dos trofeos: vivimos en días siniestros y nuevos, y de esos dos poderes extrañamente rivales, para quienes golpea el martillo y levanta torbellinos la metralla, uno toma el Arco Triunfal y el otro la Columna.

*

Mas trátase de Francia. ¿Acaso derribaríamos lo que permanece de pie sobre los negros horizontes? ¡Aquí está la grandiosa Francia! ¡Qué importa Bonaparte! ¿Por ventura se para mientes en un rey al contemplar Esparta? Quitad de en medio a Napoleón, y reaparece el pueblo. Derribad el árbol, pero respetad el bosque. Todos estos grandes combatientes, dando vueltas en esas espirales, poblando los campamentos, las torres, salvando murallas y puentes, fosos, ríos, pantanos, son la Francia asaltando el progreso. ¡Justicia! quitad de delante a César, y en su lugar poned a Roma. Que se vea en esa cima un pueblo y no un hombre; condensad en estatua sobre el pedestal, la muchedumbre de la vida al París caballeresco, vengador de los derechos, vencedor de la feroz mentira. Fabricad esa estatua de un metal tan puro que no se vislumbre en ella nada de oscuro ni de fatal; y que ese pueblo gigante, ilumine el camino del lejano ideal.

Respeto a nuestros soldados; la Revolución muge en el fondo de sus cien combates. La Marsellesa, espanto del oscuro mundo antiguo, allá es piedra, aquí bronce, y de estos dos monumentos parte una exclamación: ¡Rescate!

*

¿Y con nuestras propias manos destruiremos la Francia? ¿somos nosotros los autores de tamaño atentado? ¡Nos lanzamos sobre éste doble trofeo, envidia de los teutones, empuñando la antorcha y la maza, y todos a la vez, en tropel! ¿Es decir, que nuestra gloria se derrumba al impulso de nuestros propios golpes? La destrozamos teniendo a Prusia por testigo. ¡Oh patria desatinada! ahí están aquellos a quiénes fué entregada y vendida tu invencible espada, ahí están los que derribaron al hombre de Ham. Delante de Reichshoffen bórrase Wagram; Marengo es tachado de la lista, sólo queda Waterloo. La altiva página muere bajo la presión de la página funesta; lo que mancha sobrevive a lo que brilla, y para conservar Forbach se suprime Jena.

¿Dónde están ¡oh Francia! los Charentones y los Bicêtres? ¿Por ventura los antepasados, no van a levantarse de sus tumbas, terribles, sacudiendo su viejo sable enmohecido, buscando en el firmamento la gran aurora desvanecida? ¿No es un hecho inaudito el verse expulsados violentamente de la historia por los vencidos hijos, ellos que se prodigaban sin jamás decir «¡bastante!» ellos que tuvieron al Papa y a los reyes, la negra sombra y el pasado, cautivos y cercados en medio de su gloria, ellos que bloquearon al mundo antiguo? ¡Ah! este último golpe después de tanto infortunio, y la incurable paz de la que sagran dos úlceras, y todos esos vanos combates, ¿acaso no había sido puesta a prueba y bastante vejada la Francia? Y sin embargo, ¡por vuestro propio impulso derri-
basteis el bronce y ametrallasteis la piedra!

Patrimonio de los pueblos son los siglos; ellos sólo pueden disponer del momento fugaz, y lo uti-

lizan. ¡Oh extraña lucha! ¡oh encarnizamiento! Todos cortan con estrépito una rama del árbol. Vense saltar las partículas de bronce y las de mármol, cayendo la columna romana, así como el arco francés. La historia es acuchillada y agoniza la gloria. Piénsese lo que se quiera de la Francia de ayer, de este rudo ejército y de este pueblo altivo, era ilustre lo que en este siglo en su tercer lustro soñó, intentó y quiso. ¿Por qué buscar que el país quedara reducido a nada? ¿Por ventura hase creado algo para los desheredados y para los trabajadores? ¿Se han cerrado los presidios? ¿se han abierto las escuelas? Destruyese Marengo, Lodi, Wagram, Arcole; y, ¿siquiera se ha fundado el derecho universal? ¿Tiene el pobre un hogar, y fuego, y pan, y sal? ¿Hanse colocado el taller y la cabaña al amparo de una ley inmensa de vida y de luz? ¿Hase deshonrado la guerra renunciando a la loca y siniestra efusión de sangre? ¿Hase confeccionado nuevamente el código a imagen del justo? ¿Se ha erigido el altar de la augusta clemencia? ¿Hase levantado el templo do la claridad se condensa en razón y truécase en libertad? ¿Se ha dotado al niño y emancipado a la mujer? ¿Hase plantado en lo más hondo del alma del hombre el árbol de la verdad? ¿Ofrécese al progreso, que se revuelve en la estrechez, alguna holgura de horizonte y de ruta? No, ruinas, nada. Sea. Por lo que a mi toca, dudo que baste con decir al pueblo murmurador: Lo que se hace es pequeño, y grande lo destruido.

PARIS ARDIENDO

¿Cuándo concluirán los horrores? Oigo decir en voz baja: ¿y Moscou? ¡Ah! este espantoso asesinato es una imbecilidad. Hacer de todo un pueblo un inmenso mártir, trocar el día en noche, la Europa en China, porque hubo un oso llamado Rostopchin. ¡Que arda París, ya que ardió Moscou! Porque Rusia adoró su cabestro, porque quiso, reduciendo a cenizas su ciudad, expulsar a Napoleón para conservar a Alejandro, porque esto agradó al czar, porque, fija la mirada en la cruz de oro de Iván, un bárbaro ha salvado a su país valiéndose de un crimen, ¡hay que arrojar a la estrellada Francia en el abismo! Pero vosotros que hacéis traición a los derechos del pueblo, cometéis el crimen al par que perdéis el país. Ese Rostopchin es grande, mas con grandeza salvaje, tiene la estatura que puede alcanzar la esclavitud, y dicho hombre, empuñando una antorcha, penetra en su patria y sálese del género humano: es el viejo y negro escita, es el antiguo gépido, que se muestra feroz, sublime y estúpido a un tiempo; sábese lo que ha hecho, mas ignórase si comprendió sus obras; sería un héroe a tener talento. Sobre la cúspide de los siglos lucen cuatro llamas sombrías: Efeso embocando su clarín; la otra ofrécenos a Omar y la otra al cantor Nerón; como éstos, Rostopchin alumbra la historia. De estos cuatro resplandores, el suyo es el menos negro; pero vosotros, ¿qué queréis imitar?

¿Encender la quinta pira? ¿por ventura está destinado París a derretirse como la nieve? ¿os equivocáis hasta el punto de confundir la ciudad perjudicial con la útil? Moscou es la siniestra Babel del desierto, el antro donde cojea la razón, donde la verdad mira de través. Moscou era el Asia y París es la Europa. ¡Cómo! ¡se envuelve con el mismo sudario inepto y quíere-se que en la misma tumba quepan Moscou, triste pasado, y París, representación del porvenir! ¡Qué importa que Moscou no exista! Quitad, en cambio, a París, y veréis surgir la sombra. La brújula se ha perdido y naufraga la nave; el progreso estupefacto no sabe por donde va. Si arrancáis al género humano ese ojo enorme, el cíclope queda ciego, y, aparte los hechos posibles, marcha a tientas lanzando horribles gritos. Baja de la pendiente en dirección a lo ignoto.

*

París presta un manto de luz a las ideas. Basta que solo lance una mirada sobre los errores, para que estos tiemblen y se derrumben. Así como bajo el templo está la cripta, y bajo Grecia el Egipto, y bajo el Egipto la India, y bajo la India la noche, bajo París, edificado por el tiempo y las razas, al cavar se encuentra toda la vieja historia. La conquista de París fué una victoria para el hombre; si ahora se le arrebatara, tanto vale uncirlo al carro de la servidumbre. ¡De qué sirve la lucha si todo ha de desaparecer! Todos los pueblos unidos por venerable himeneo, han creado el alfabeto de la razón y del deber humano; París es su libro. París reina, y liberta. Mientras se mantenga en pie, el mundo estará tranquilo.

Tiene por emblema una embarcación que despliega su bauprés como un cetro; hace el gran viaje, partiendo de la ignorancia y remontándose hasta el pensamiento. Sabe el itinerario y ve el fin; va

más lejos de lo que se quisiera, sube más alto de lo que se soñó, pero siempre llega; busca, crea, funda, y lo que París halla es en provecho del universo entero. Una evolución del globo quiere a París por eje y tómale por astillero. Londres tiene su Carlos I, París su Luis XVI; Londres mató al rey, París la monarquía. Una palabra que París profiera vale tanto como una embajada; París siembra leyes en lo más hondo. A cada momento, vese una gavilla de sublimes ensueños que, empuñando la antorcha o la espada, huyen de París desparramándose por el orbe. Dante llega a esta ciudad para escribir sus primeros versos; en ella construye Montesquieu las leyes, Pascal las reglas, y desde París emprenden su vuelo todas las águilas.

Quiere París que todo ascienda hasta un grado supremo; en apoyo del progreso y de las ideas emplea razones de cien codos de elevación, teniendo por cima y refugio la majestad de los principios rodeados de altiva claridad. El indómito pico de la verdad, he aquí su acrópolis; extrae a Mirabeau del siglo de Walpole. Este París que en todo tiempo hace cuanto puede en bien de los otros, a veces es Sibaris, nunca Lilliput. París nunca es pequeño, aunque se vea cubierto de polvo y reducido a la nada. Bueno es el fondo de sus furiosos; jamás el odio viene a turbar su augusta cólera ni a embarazarle; el cuerpo enternécese más bien cuando entiende el espíritu, y para ser el mejor ha de mostrarse el más grande. De ahí la dignidad de París, su lógica de sufrir por el hombre con trágica dulzura, y la fraternidad que muge en su iracundia. Témenle los tiranos en el campo y los buhos en sus madrigueras, pues al desear la paz desea la aurora. Abre un lecho a la tendencia humana, todavía oscura y vaga, fíjala un fin, dála un sentido. Ciertos problemas constituyen frutas de oro envueltas en cenizas; el fondo de uno es Todo, el de otro Nada; si se busca con demasiado ahinco el bien es fácil dar con el mal. París sabe esto y eli-

ge lo que debe vivir. A veces el derecho truécase en vino embriagador; París despertó todas las pasiones para calmarlas después, y su gran ley «Com-batir» tiene por principio «Amar». París admite el agape, pero no la saturnal.

Donde dice la esfinge: Caos, París escribe: ¡Libertad!

¡Aurora de todo porvenir! ¡sagrado punto de reunión de todos los mañanas! París, ciudad, talento, voto; tú hablas, tú redactas, tú decretas, tú quieres. En tí todos los prodigios se mancomunan. Si se mueve tu pavimento, todo tiembla, desde el paria de la India al negro del Darfour. En tu nido hace su muda el humano espíritu: idioma nuevo, derechos nuevos, nuevas leyes. No importa quién seas, no importa quiénes sean vuestros magos, vuestros doctores, vuestros guerreros, vuestros jefes, sea cual fuere vuestro esplendor vislumbrado entre sombras, ¡oh ciudades! aunque fueseis faros constelados; no importa cuáles sean vuestros palacios, vuestras torres, vuestras luces, vuestros rumores, el género humano gravita alrededor de ese imán llamado París, abolidor de las vetustas costumbres serviles, y no os será dado reemplazarle, ni una vez muerto consolar la orfandad del universo. No, no podréis conseguirlo, ni tú, Londres, ni tú, Berlín, ni tú, Viena, ni tú, Madrid, ni tú, Bizancio, a no ser que disfrutéis del poder que ella tiene, la alegría, y de su extraña fuerza, la bondad; a no ser que como el delicioso y temido París tengáis ese relámpago, el amor, y que seáis océano para los arroyuelos y sol para los planetas. El género humano quiere que su ciudad sea grande, alegre, heroica y colosal, y que se mantenga dueña suya al par que esposa.

¡Y decir que esa obra angusta, edificada por el cúmulo de los años, industriosa y lenta, que la ciudad heroica, la ciudad profética, quedaría aniquilada en una hora de delirio!

*

Año sombrío. ¡Oh miserable antorcha, abyecta, ciega, ingrata! ¡Cómo! ¡dispersar a todos los vientos la ciudad única! ¡Este París que con su corazón llena a los vivos, y hace cernerse al que se arrastra y pensar al que vegeta! ¡Arrojar París al fuego así como el pastor arroja en él con el pie un tizón!

¿Para quién trabajáis? ¿Dónde llega vuestra demencia? Dos fases se contemplan aquí abajo, el día y la noche, el áspero Odio y el poderoso Amor; dos principios, el bien y el mal, se abofetean, y dos ciudades que constituyen dos misterios, reflejan ese choque de dos relámpagos ante nuestros ojos emocionados, y Roma es Arimanes y París Ormus. Roma es el altar mayor donde humean los viejos dogmas; en la cúspide de París espumean en purpúreos raudales y en plena erupción todas las verdades. La justicia, lanzando irritados rayos, la libertad, el derecho, esas grandes y virgíneas claridades, frente a Roma, donde los cirios vacilan, es el volcán de las revoluciones de París.

Aquí la Casa Consistorial y allá el Vaticano. Si se suprimiese el París el uno sería en beneficio del otro: Roma odia la razón de que es apóstol París. ¡Oh desdichados! ved adónde vais a ser arrastrados; ante la lamparilla apagáis el Etna, y sólo quedará este vil resplandor. ¡Prospera el Vaticano donde muere la Casa Consistorial! ¡Luto! ¡locura! ¡inmolar el alma al negro sudario, la palabra a la mordaza, la estrella al apaga-luces, la verdad que salva a la mentira que hiere, y el París del pueblo a la Roma del Papa!

*

¿El género humano puede ser decapitado?
¿Os imagináis desvanecida esta altiva ciudad que

fué la palabra de las naciones, su oído, su vida, su alma? ¿Os representáis a los pueblos buscándola? Ya no se ve su fanal, ni se oye su canto. Era nuestro teatro y nuestro santuario, desempeñando en el globo el papel de un estatuario esculpiendo el hombre futuro a mazazos.—Cuando trabajaba el universo estaba en espectación; era lo eterno y lo inmortal. ¿Qué cosa horrible ha acontecido, pues? ¿dónde está ahora? ¿Os la figuráis deteniéndose de improviso? ¿Qué significa este lienzo de pared que ha quedado en pie? Es el Panteón. Este bronce desparramado es la Columna; este panteón donde hormigüea un enjambre de cuervos es la Bastilla. En aquel indómito, silencioso y deslucido rincón se levantaba Nuestra Señora. La limaza y el gusano, augustos ornamentos de los escombros, manchan las piedras con su baba; ni un solo techo ha quedado de esas casas que reflejaban las estaciones del progreso humano, ni una de esas torres, preciosas sombras; nada de puentes ni de muelles: estanques bajo hierbas, un río extravasado en la oscuridad, vuelto informe, dirigiéndose a la desconocida arboleda...

Mas ¿quién ha arrojado ese tizón al fuego? ¿Qué mano, atreviéndose a matar con el día presente el mañana, intentó esa ruindad, ese sueño, ese misterio de abolir la ciudad astro, alma de la tierra? No, no eres tú ¡oh pueblo! el autor de tamaño atentado; vosotros, los extraviados, no sois culpables. El venenoso enjambre de causas impalpables, los viejos hechos convertidos en invisibles, os han turbado el alma, y sus alas azotaron vuestra frente; os sentisteis embriagados de negra sombra. Culpó a la Miseria, y llevo al banquillo de los acusados a ese ciego, a ese sordo, a ese bandido, a ese bárbaro, el Pasado; denunció ¡oh monarquía, oh caos! tus viejas leyes de donde han salido las viejas plagas. Ellas pesan sobre nosotros, en el siglo en que vivimos con el peso de la horrorosa ignorancia de los hombres; ellas nos convierten a todos

en hermanos enemigos; sólo ellas han hecho el mal; ellas han colocado la inepta antorcha en manos de los implacables dolientes. Ellas forjan los errores con que se intenta ligarlo todo, achican la escuela y cierran el taller; Ellas hacen ver de través al día y convierten en miope la mirada; pliegan las voluntades bajo el sofocante yugo; venden un poco de aire a la cabaña, al niño el alfabeto de la mentira, a todos la falsa claridad; abren mal el surco y perfectamente la fosa; no saben qué cosa es enseñar, sosegar, tienen oro para pagar su beso a Judas y carecen de él para satisfacer el viaje de Colón; entregan el débil a los fuertes, niegan el alma a las mujeres; son imbéciles, son feroces, son infames. Denuncio los falsos pontífices, los falsos dioses, aquellos que carecen de amoríos, y los faltos de ojos. No, no acuso nada del presente, ni a nadie; no, el grito que lanzo es contra el pasado, fantasma todavía de pie en las leyes, las costumbres, los odios, en todo. Acuso ¡oh! antepasados! pues la hora es solemne, a vuestra sociedad, vieja criminal. La malvada ha hecho cuanto vemos; ella posó sus inmundas manos sobre el alma; ella, poniendo en competencia entrambos mundos, los eclipsó, así como eclipsa la razón por la fé y la fé por la razón; ella fué la que colocó un calabozo en el pináculo de las leyes; ella la que descarriando a los hombres, creó la ceguera apellidada ignorancia; y como buena madrastra, al dejar negros los espíritus cubrió de tinieblas los corazones. Acúsola, y quiero que sea condenada. Ella es la que ha producido este año horroroso. Ella ha creado la silenciosa e inconsciente muchedumbre; ha oprimido, rebajado, doblegado, todo. El rencor es olvidada cuchilla, pero que vuelve a aparecer. Esta sociedad, producto de los pasados tiempos, hace dos mil años que reina y usurpa nuestros bienes, nuestros derechos, arrebatando algo aun a aquellos que nada poseen; da el pueblo a los parásitos para que le devoren. La guerra y el

cadalso, he aquí sus éxitos. ¡Digoos que acuso al pasado, a quien se debe todo! Cuando embrutecía al pueblo, triunfaba. Dios es su fantasma y Satanás su ministro. ¡Ah! ha creado la siniestra indigencia que se desangra y se venga a la ventura, convirtiéndose en aborrecimiento cuando sólo es desesperación.

¡Oh vosotros a los que sirvo y quiero! dolientes que la mano del crimen siembra en el campo del mal, siempre os he compadecido. ¡Oh hermanos! rechazad sin reparo al que os explota. Seguid al espíritu que se cierne sobre vuestras cabezas y no al que cojea; remontaos hacia el porvenir, hacia la luz, pero no os dejéis arrastrar. Resistid, resistid, no importa el nombre que lleve, a todo el que os dé un consejo contra el hombre; resistid, resistid los dolores, resistid el hambre.

*

¡El aplauso de los espectros es terrible! Pueblo, cuando en tu ciudad, lo mismo que en los tiempos bíblicos, se propagó el incendio; cuando, así como Nínive, víctima de Jehová, agonizó Lutecia, edificio de la luz; cuando ardió el Louvre cual techo de bálago; cuando el Sena arrastró rojas sus aguas bajo el puente Nuevo; cuando la Audiencia desprendiéndose súbitamente de la Santa Capilla, cayó como un harapo que una mujer descose; cuando de repente la destrucción llenó de púrpura el elevado templo en que durmieron Voltaire y Juan Jacobo, y todo este vasto montón, admiración de los pueblos, cúpulas, arcos triunfales, circos, fróntis, pavimentos, de donde brotan resplandores y resuenan voces; cuando por un momento creyóse ver la ciudad gloriosa, la ciudad de esperanza trocada en negra mansión, y París disipándose en horrorosa humareda, tan lúgubre resplandor despertó los muertos de sus tumbas, llenándose de fantasmas el horizonte, fantasmas que iban gritando: ¡Oh finados,

acudid para ver morir el Oriente! Torquemada salió del antro y dijo: ¡Bello espectáculo! Cisneros: ¡He aquí la gran pira del Hombre! Sánchez vociferó: Ved el abismo; mira ¡oh Roma! Cuanto lleva el nombre de derecho, principios absolutos, república razón y libertad, ha dejado de existir. Todos los verdugos, desde Nerón hasta Zoilo, llenos de contento arrojaron un tizón en la ciudad, y Borgia dió su bendición.

*

En una barricada, sobre adoquines manchados de sangre culpable y lavados con sangre de inocentes, es preso un niño de doce años junto con algunos hombres compañeros suyos.—¿Formas parte de la gavilla?, se le pregunta.—El niño contesta afirmativamente.—Bien está, añade el oficial, vas a ser fusilado. Aguarda que venga tu turno.—El niño ve brillar varios relámpagos, y a todos sus compañeros caer al pie de la pared. Y dice al oficial: ¿Queréis concederme que llegue hasta mi casa para entregar este reloj a mi madre?—¿Intentas evadirte?—Volveré.—Estos bribonazos tienen miedo.—¿Dónde vives.—Allá, junto a la fuente. Volveré señor capitán.—Vete, pillo!—El niño parte.—Y reían los soldados lo mismo que el oficial, confundiendo las risotadas con el estertor de los moribundos; pero cesó la risa, pues de improviso presentase la pálida criatura, y altiva, se apoya contra la pared, y dice: Aquí estoy.

Avergonzóse la estúpida muerte y el oficial le perdonó.

Ignoro ¡oh niño! en medio del huracán que pasa y todo lo confunde, lo que te impelia a semejante combate; mas, digo que tu alma ignorante es sublime. Bueno e intrépido, das dos pasos en el fondo del abismo, uno hacia tu madre y el otro hacia la muerte. El niño posee el candor y el hombre el remordimiento, y no responde de lo que se le mandó

hacer; pero es magnífico y valiente el niño que a la huida, a la vida, a la aurora, a los juegos lícitos, a la primavera, prefiere la sombría pared donde se apoyan los cadáveres de sus amigos. La gloria imprime dulce ósculo en tu frente ¡oh tierno joven! En la antigua Grecia, Estesícoro te hubiese encargado la defensa de una de las puertas de Argos, y Cinegires te habría dicho: ¡Somos iguales!

—o-o—

EJECUCIONES

La victoria termina en sumaria carnicería. Los satisfechos están furiosos. Oigo decir:—Preciso es acabar con los descontentos.—Hoy Alcestis fusila a Filanto.

Por do quiera la muerte, y sin embargo, ni una queja.

Se les lleva al pie del horroroso muro. El hombre dice al soldado que le está apuntando su fusil: Adiós hermano. Y dice la mujer: Han muerto a mi marido; ignoro si es culpable o si la razón se encuentra de su parte; lo que sí sé es que ambos hemos soportado las desdichas; fué mi compañero de cadena; si se me arrebata ese hombre, para nada necesito la vida. Así pues, ya que ha muerto, yo también debo morir.

Y los cadáveres se amontonan en las encrucijadas. Ved pasar negra gavilla de muchachas; son en número de veinte y van cantando: sus gracias y su inocente tranquilidad inquietan a la despavorida muchedumbre; un transeunte tiembla.—¿Dónde vais?, pregunta a la más bonita.—Creo que quieren fusilarnos, contesta la interpelada. Lúgubre ruido resuena en el cuartel Lubau; es el trueno que abre y cierra el sepulcro. Allí son ametrallados montones de hombres, sin que ninguno derrame una sola lágrima; diríase que la muerte apenas roza sus ropas, que se apresuran a huir de un mundo áspero, incompleto, triste, y que les agrada ese género de libertad.

Ese trágico desdén equivale a una confesión. ¡He-lado abismo! De suerte que no tienen apego a la vida; la vida está fabricada de modo que tanto se les da marcharse. Estamos en pleno mayo, cuando todo quiere vivir y mezclar su instinto o su alma a la dulzura de las cosas; aquellas muchachas debieran dedicarse a la recolección de rosas, el anciano a calentarse a los rayos del sol; todas esas almas deberían semejarse a canastillas llenas de perfumes. Todos debieran abrigar en sus corazones la aurora y el amor. Y sin embargo, en ese bello mes de luz y de embriaguez ¡oh terror! yérguese bruscamente la muerte, la gran ciega, la implacable sombra. ¡Oh! ¡cómo van a temblar, y a lamentarse bajo el firmamento, a sollozar, a invocar en su auxilio a la ciudad, a toda la Francia, y a nosotros, a cuantos detestamos el asesinado en confusión y la guerra a tientas! Veréis-los, bañados en llanto, levantados los brazos y crispadas las manos, suplicar a los cañones, a los fusiles, a las espadas, agarrarse a los muros, pegarse a los transeuntes, y temblorosos huir, rehusar la tumba, aullando: ¡Se nos mata! ¡Socorro! ¡perdón! ¡perdón! No. Son extraños a cuanto pasa; miran frente a frente la muerte que va a llevárselos. Sea. Ni siquiera le conceden el honor de la sorpresa; tiempo hacía que semejante espectro flotaba por su mente. En su corazón estaba abierta su propia fosa.

Ahogáales vivir a nuestro lado; así, pues, parten. ¿Qué les habíamos hecho? ¿Qué somos nosotros para que dejen tras sí a todos los hombres, sin lanzar una exclamación, sin dignarse derramar una lágrima, sin llevarse un pesar a la tumba? Nosotros sí que lloramos. Su corazón estaba pronto para el suplicio. ¿De qué les sirve nuestra tardía conmiseración? ¡Oh! ¡cuánta sombra! ¿Qué fuimos nosotros para ellos antes de esa hora sombría? ¿Protegimos a sus esposas? ¿Sentamos en nuestras rodillas a los temblorosos y desnudos

niños, hijos de sus entrañas? ¿Sabe trabajar el uno y leer el otro? En fin ¿hemosles instruido, amado, guiado? ¿acaso les libramos del frío, del hambre? Por esto... declárole en nombre de esas almas laceradas, yo, el hombre a quien conmueve más el cadáver de un niño que un palacio difunto, son ellos formidables moribundos, que no se quejan y mantiénnense insondables, sonrientes, amenazadores, indiferentes, altivos, y que casi casi se dejan degollar de buen grado. Meditemos. Esos condenados, heridos hoy por el rayo no conocen la desesperación, ya que tampoco conocieron la alegría. La suerte de todos va unida a su suerte. ¡Ah! hagamos que los miserables se aficionen a la vida; sino, no es posible el equilibrio. Orden verdadero, leyes duraderas, sólidas costumbres, tranquilidad encantadora sin dejar de ser viril, todo esto encontraréis en el pobre si le mantenéis contento. Meditemos, ya que sobre ellos descansa el sudario, y comprendamos. Yo afirmo que la sociedad no se encuentra a gusto teniendo sobre sí el peso de esos fantasmas; que de todos los síntomas, su risa es cosa terrible, y que es imposible desechar el miedo del corazón mientras no se logre curar esa facilidad siniestra de morir.

—o-o—

A LOS HUMILLADOS

¡Sí, ¡estoy con vosotros! gozo esa sombría alegría. Aquellos que son azotados, heridos, aniquilados, me atraen; siéntome su hermano, defiendo una vez caídos a los mismos que combatí cuando se hallaban triunfantes, quiero olvidar su injuria, su cólera, y los odiosos nombres que me prodigan. Al verlos desgraciados dejan de ser enemigos míos. Pero, sobre todo, defiendo al pueblo que aguarda su salario, al pueblo, familia triste de hombres, mujeres, niños, derecho, porvenir, trabajos, dolores. Defiendo al extraviado, al débil, y a esa muchedumbre que no habiendo tenido jamás punto de apoyo, se derrumba y cae alocada en el fondo de los negros sucesos. ¡Ah! no sé cómo no comprendéis que a vosotros tocaba guiarlos, que debía dárselos su parte de ciudadanía, que vuestra ceguera produce la suya. Recógense las consecuencias de una tutela avara, y el mal que les hicisteis ahora os lo devuelven. No les habéis guiado, conducido por la mano, indicándoles las sombras y el verdadero camino; habéislos dejado que se perdieran en el laberinto; ellos son vuestro espanto y vosotros les infundisteis temor, y es porque no han disfrutado de vuestra fraternidad. Andan errantes: el buen instinto vive de luz; nada tienen para alimentar su oscura alma; buscan claridad a través de la noche. A tientas, desesperado, en el último trance, ¿es capaz de pensar aquel que no puede vivir? Si damos vueltas en horrible círculo, la embriaguez